

◆ 14

La investigación en lingüística hispánica en España y en el contexto europeo

Violeta Demonte*
Universidad Autónoma de Madrid

Los estudios lingüísticos y las dos culturas

Un minicuento memorable de Augusto Monterroso dice sólo lo siguiente: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”. La pequeña fábula produce zozobra, no tanto por el pobre dinosaurio condenado a vivir eternamente sino por los que pudieran encontrar dinosaurios al despertarse, aunque hayan pasado a su lado varias eras geológicas.

Hace ya más de cuarenta años, el surgimiento de la lingüística teórica estableció un primer hito en un cambio disciplinar que marcaba el paso del

* Violeta Demonte es Catedrática de lengua española de la Universidad Autónoma de Madrid. Desde mayo de 2004 hasta la actualidad es Directora General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia de España.

estudio del lenguaje (de una parte de él al menos) del reino interpretativo de las humanidades al reino acotado, abstracto, matematizado de las ciencias experimentales y de la naturaleza; ni mejor ni peor en principio pero sí distinto.

Dos conjuntos de hechos científicamente significativos, dos ejes complementarios de un mismo paradigma, indicaban ese cambio de ruta. El primero, como es sabido, fue la aparición y desarrollo, a lo largo de los 60-70 del siglo pasado, de la 'teoría de la sintaxis generativa', en sus sucesivos modelos. El segundo, no independiente del anterior y asentado a su vez sobre una larga tradición lógica y filosófica, fue el giro de la semántica lingüística hacia la búsqueda de los principios que establecen cómo la 'composición' de los morfemas y palabras en una estructura oracional determinan las condiciones de verdad en términos de mundos posibles. Estos dos enfoques confluyen posteriormente con el de la pragmática cognitiva (la teoría de la relevancia, por ejemplo) y conforman un modelo que tiene vasta ambición: explicar la naturaleza del lenguaje, formalizar los principios universales sobre los que se construyen y entienden las oraciones de las lenguas y, por último, explicar sus condiciones de uso.

Las afirmaciones centrales de este modelo, que se suele llamar 'naturalista' o cognitivo-innatista, son verdades de Perogrullo para un biólogo, si bien se formulan en un vocabulario y en un marco teórico que no es ciertamente el de la genética o el de la biología molecular. Los modelos formales de los semantistas, por su parte, son de gran interés para los expertos en procesamiento del lenguaje natural, aunque también sea cierto, al menos por el momento, que, por la cantidad de variables que ponen en juego, no son fácilmente articulables en los modelos computacionales de la inteligencia artificial. Con otras palabras: las aseveraciones de la lingüística cognitivista en sentido amplio, o lingüística formal, han despertado la atención de las dos grandes áreas por las que discurren los más rápidos desarrollos científicos en este momento. No obstante, la lingüística no es parte natural de esas disciplinas.

A la par, este enfoque del estudio del lenguaje ha tenido y sigue teniendo una difícil comprensión en el seno de las diversas tradiciones y corrientes (a veces llamadas 'escuelas') que encuadran los estudios de las 'lenguas'; en el seno pues de la 'cultura' de las humanidades. Esta cultura aprecia la (re)interpretación y la acumulación de datos; la cultura de las disciplinas formales premia la eliminación de soluciones que se demuestran débiles en pro de la adecuación de la explicación y de la búsqueda de la

mejor solución. Las humanidades, por otra parte, son las guardianas de la historia, de los textos, de los acontecimientos sociales, de los ‘genios’ particulares. Las ciencias de la naturaleza, dentro de las cuales se situaría en última instancia el enfoque de la lingüística antes mencionado, aspiran a encontrar leyes y dar razón de su ejecución en contextos determinados. Es natural, así las cosas, que haya sido y siga siendo difícil el mutuo reconocimiento y la cooperación entre los actores de estos dos mundos y que en el interior de áreas que se definen por sus contenidos afines más que por sus métodos—como puede ser la de los estudios lingüísticos hispánicos—las relaciones entre los filólogos y los lingüistas, los historiadores de la lengua y los lingüistas, los gramáticos tradicionales (sea lo que sea lo que signifique esta locución) y los lingüistas no hayan sido demasiado fluidas pese a lo conveniente que, en ocasiones, podría ser el acercamiento.

Vaya por descontado que el debate sobre las dos culturas no tiene en este momento demasiado sentido, como han señalado muchos. No lo tiene en primer lugar porque a veces lo que parece una ‘cultura’ en un determinado momento resulta ser más tarde una etapa de un proceso inevitable. En segundo lugar, porque los cambios generales de la sociedad muestran progresivamente aspectos nuevos de las así llamadas dos culturas. Durante muchas décadas, al menos en el ámbito europeo, las humanidades y sus actores han dispuesto del prestigio que les daba el ser las dueñas de la interpretación en un mundo donde la comunicación se extendía lentamente y los textos, lejanos por diversas razones, reservaban misterios, ‘lecturas’ y ‘ediciones’, que se iban aclarando e iluminando poco a poco y que parecían ser infinitos. Las ciencias de la naturaleza, a su vez, eran inaccesibles para la mayoría y, lo que es más importante, no se veía tan claro como puede verse hoy en día —en especial en lo que se refiere a las ciencias de la vida— que de sus hallazgos y descubrimientos podían derivarse consecuencias decisivas para el desarrollo y mantenimiento del planeta y sus ecosistemas, y para el bienestar de los países y de los seres humanos.

Es más que seguro que la situación ha cambiado sustancialmente: ha aumentado el prestigio y el peso social de las ciencias experimentales, su desarrollo se considera estratégico para el crecimiento de las naciones y los científicos empiezan a ser tan dueños de la interpretación como los filósofos o los historiadores. También es cierto que, en el contexto europeo, se espera cada vez más que las humanidades (al menos algunas de sus disciplinas) contribuyan a solucionar algunos de los “problemas candentes”, “desde los desafíos que impone la seguridad a los relacionados

con el multiculturalismo y la identidad europea”, como se dice en un reciente trabajo de la Comisión Europea a propósito del 7º Programa Marco de Investigación.

Nos encontramos tal vez en una situación de crisis –en el sentido etimológico de ‘mutación importante’– donde una parte del campo de estudio (la que tiene que ver con los textos) parece mirarse a sí misma con una cierta perplejidad y otra aspira a cambiar de vestido y ser un paso hacia una deseable interacción (que no integración) con las ciencias de la naturaleza; y con una sociedad que espera unas humanidades renovadas y dotadas de un papel algo distinto del que han tenido hasta este momento: con mayor colaboración interdisciplinaria y más participación en temas, digamos, sociológicos. En suma, hay un giro teórico conceptual –en algunos campos– y un cambio en la situación social de los estudios sobre las lenguas, la historia, o la antropología.

En lo que se refiere específicamente a los estudios del lenguaje, una manera de enfrentarse con el giro metodológico y epistemológico planteado por la lingüística formal y por el paradigma naturalista ha sido, por una parte, reforzar la vía de la interacción lengua - sociedad: más y mejor sociolingüística y, por otra, buscar nuevos elementos para fortalecer el eje descriptivista. Ese manantial de nuevos datos pendientes de acumulación y descripción se ha encontrado en el discurso. Al orientarse hacia el discurso, la lingüística de las lenguas convergía también con el movimiento general ‘posmodernista’ de las humanidades donde se debate entre la clásica lealtad a los autores, a los textos, al historicismo y a ciertos imperativos universales, frente a una agenda del análisis literario movida más por aspiraciones políticas u otras aspiraciones similares momentáneas (v. Castillo y Egginton 2006). Dos formas ambas del interpretacionismo y del descriptivismo.

Señalado el giro teórico de los estudios del lenguaje, me interesa destacar, por último, dos importantes características recientes de estos estudios. La primera –debida al perfeccionamiento de los recursos informáticos y a la facilidad de construir corpus especializados de gran finura– es la posibilidad de trabajar con cantidades ingentes de datos y de afinar a través de ellos hipótesis de diversos niveles: fonéticas, sobre la estructura de la conversación, sobre los niveles del análisis morfológico, o sobre el procesamiento de las construcciones, entre otras muchas. La segunda –debida a la convergencia de la lingüística teórica con la psicología, y al empleo de técnicas instrumentales y estadísticas para el

estudio de la producción / comprensión– es el aumento de los trabajos basados en experimentos con grupos de sujetos. El análisis del lenguaje se sitúa así en ámbitos más propios de las ciencias experimentales en los que las observaciones se siguen de estudios extensos, longitudinales a veces, y siempre muy rigurosos. Estos análisis inciden también en los debates internos de la lingüística teórica –en cuyo seno se plantean hipótesis aparentemente alternativas sobre la naturaleza del sistema lingüístico: construccionismo frente a estructura sintagmática; o lingüística cognitiva (una vasta designación para un conjunto de ideas diversas) frente a sintaxis generativa– pues algunos de estos experimentos, como es lógico, van orientados a contrastar hipótesis internas a esos debates.

Este es el contexto general en el que quiero situar las breves anotaciones que siguen sobre los estudios de lingüística hispánica en España y en el contexto europeo.

Los estudios hispánicos en España y en Europa

Son varios los factores que han condicionado el desarrollo de las disciplinas científicas –no solo de la lingüística– en España y quiero al menos enumerarlos pues es imposible analizarlos siquiera levemente en una nota como esta. El primero es el aislamiento de España respecto de Europa y de gran parte del mundo avanzado que caracterizó a los cuarenta años que siguieron al final de la guerra civil española. Este distanciamiento de la ciencia española y sus instituciones dificulta en algunos casos su puesta al día cuando comienza su renovación, a principios de la década de los ochenta del siglo pasado. A la vez, ese aislamiento no impidió que las disciplinas que habían experimentado una puesta al día brillante en la llamada “Edad de plata” de la ciencia y la cultura españolas, que incluye la Segunda República, resurgieran rápidamente apenas tuvieron ocasión –es el caso de la física y la química–; o que tuvieran un desarrollo digno en los años de mayor aislamiento, es el caso de los estudios histórico-filológicos. Conviene decir que esto es ya historia pasada pues la ciencia española ha tenido un crecimiento espectacular en los últimos veinte años y sus resultados en algunas áreas (la física, la matemática, la química, la astrofísica, la agricultura, la microeconomía...) ocupan un lugar paralelo al que le corresponde al país como quinta economía europea y octava del mundo.

El segundo condicionante de la situación de las humanidades es la estructura del sistema universitario; no olvidemos que, a diferencia de otras disciplinas, la investigación en humanidades se desarrolla muy mayoritariamente en las universidades. Este sistema se estructura con profesores funcionarios elegidos mediante un sistema de acceso (las oposiciones) que permite el dominio de escuelas y el peso decisivo de los grupos o individuos capaces de influir y presionar. Este sistema es similar al de algunos países europeos (Francia e Italia en particular, si bien en estos países la estructura del sistema científico es, o era, bastante más compleja), pero muy distinto del de los países anglosajones o de los nórdicos. Se señala también, con razón, que el sistema español, pese a haber sufrido reformas que aspiraban a impulsar la autonomía universitaria, ha tendido a la selección endogámica. En España, en efecto, ha predominado lo que los expertos llaman la selección interna (la cooptación por razones de afinidad, escuela o clientelismo) frente a la selección por el mercado, o la selección por planificación y necesidades científicas o académicas. En todo caso, este factor trajo consigo que la entrada de corrientes innovadoras fuese haciéndose con mayor lentitud de lo que hubiera sido conveniente. Las oposiciones y la selección interna no favorecen que se dé vía libre a los que quieren hacer cosas distintas o propician otras formas de enseñanza e investigación.

En España, la investigación sobre el español y la organización de las carreras universitarias gira, hasta los años 80, sobre dos ejes que derivan en buena medida de la escuela filológica anterior a la guerra: los estudios de historia de la lengua y gramática histórica y los estudios gramaticales en una doble vía: estructuralismo y líneas derivadas de la buena tradición gramatical descriptivista. La lexicografía es y ha sido otra área de peso, seguramente –como también es el caso en la gramática– por la influencia de la Real Academia Española y sus trabajos en esas dos líneas, que han tenido una gran visibilidad académica (y también mediática), sobre todo en las dos últimas décadas.

La apertura al mundo que empieza a finales de los setenta, la increíble ampliación del número de estudiantes universitarios (por razones económicas y demográficas) y la aparición de nuevas carreras a comienzos de los 80 hace que surjan también temáticas y proyectos de otras líneas. Así, en departamentos de Madrid y Barcelona comienzan a hacerse trabajos teóricos por parte de grupos de lingüistas generativistas; en los cada vez más numerosos departamentos de filología inglesa y de traducción e

interpretación se desarrollan proyectos de comparación entre lenguas o se crean bases de datos para enseñanza; y aumentan también los proyectos relacionados con el discurso. Todo ello siempre dentro de un sistema que me atrevo a llamar muy conservador de los sistemas de trabajo y, sobre todo, relativamente poco preparado técnicamente, pues el propio sistema de selección no premiaba hasta épocas muy recientes la estancia en centros diversos a aquellos en los que se forman los investigadores, el postdoc y, en general, la movilidad de los investigadores en formación. La falta de masas críticas en muchas áreas, por otra parte, hace que quienes investigan en cuestiones de mayor riesgo no cuenten con un medio propicio a la discusión constante, los seminarios y el trabajo en grupo que son en este momento consustanciales con la investigación avanzada.

A los efectos de la redacción de esta nota, he tenido acceso a los listados de los proyectos de investigación en lingüística del español presentados para obtener financiación de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia, el principal organismo financiador de investigación en el ámbito español, con un presupuesto de 375 millones de euros para 2007 sólo para proyectos de tamaño medio (dejo fuera becas, subvenciones a instituciones, grandes proyectos multidisciplinares, infraestructuras, etc.).

Lo que muestra ese listado, si se lo mira a lo largo de los últimos cuatro años, es un aumento de los estudios relacionados con la enseñanza (sobre todo comparada) de lenguas, generalmente del español y el inglés, en el marco de ideas sobre la competencia pragmática, las bases léxicas y, a veces, cuestiones semánticas. Por supuesto abundan las investigaciones sobre el español y otras lenguas peninsulares (en especial, el catalán), orientados muy frecuentemente hacia cuestiones pragmático-discursivas, a aspectos de la relación fonética, pragmática y discurso oral y, algo menos, pero con relieve, hacia cuestiones teóricas de la sintaxis y la semántica. Los estudios sobre el cambio y la variación lingüística pueden plantearse tanto desde la lingüística histórica como desde la micro sintaxis o la geografía lingüística. Son menos abundantes de lo que se esperaría, pese a tratarse de un país multilingüe con muchas situaciones de interés para la sociolingüística, las investigaciones en sociolingüística, si bien más recientemente se proponen –además de trabajos sobre “áreas” sociolingüísticas– investigaciones sobre la integración sociolingüística de la población inmigrante. En las peticiones de subvención abundan las dirigidas a la elaboración de diccionarios: diccionarios bilingües,

diccionarios de léxicos especializados e incluso diccionarios sobre elementos gramaticales determinados. Por otra parte, algunas de las investigaciones antes mencionadas describen propuestas para construir bases de datos sobre todo léxicas sin precisar en todos los casos los fines por los que se constituyen. Son más recientes y escasos, pero suelen estar bien concebidos, los proyectos de lingüística informática.

El panorama de la investigación en filología y lingüística muestra, en suma, trabajos en numerosos campos, si bien con un predominio de los estudios pragmático-comunicativos, en un sentido muy comprensivo y descriptivo. Por lo que se me alcanza, el ámbito de publicación de sus resultados es generalmente nacional y no hay apenas proyectos en los que colaboren equipos españoles con equipos europeos, ni grupos que participen en las acciones del Programa Marco de Investigación de la Unión Europea, ni tampoco en las convocatorias de la European Science Foundation. Otro significativo ausente de los proyectos españoles es el toque de interdisciplinariedad (y esta observación se aplica en general a los proyectos europeos).

Tengo la certeza de que esa situación va a cambiar en los próximos años dada la importancia que los países europeos están concediendo a la dimensión internacional de la investigación científica y a la movilidad de los investigadores tanto en el ámbito europeo como en el transatlántico. Muchos estudiantes graduados y posgraduados están trabajando cada vez más en departamentos de universidades extranjeras. Si bien no tengo datos precisos, los estudiantes interesados por la lingüística se dirigen a departamentos norteamericanos y canadienses pero a también a departamentos del Reino Unido, Alemania, Italia o los países nórdicos. En algunos países europeos se desarrollan proyectos que reciben financiación para postdocs adscritos a esos proyectos y se acoge en ellos a estudiantes extranjeros. La movilidad suele ser también un mérito bien valorado por algunas universidades en sus concursos de acceso (menos ciertamente en humanidades que en otras áreas). Así las cosas, no es impensable que en un futuro próximo estas nuevas generaciones de científicos introduzcan perfiles nuevos en la investigación en estas disciplinas, como ha sucedido ya en algunos terrenos de las ciencias sociales, en particular en la economía.

Permítanseme, para concluir, unas reflexiones sobre el actual debate europeo en torno a las humanidades y las ciencias sociales. La primera observación pertinente es que en Europa se continúa considerando las

humanidades y las ciencias sociales como un área global frente a otras tres agrupaciones: las ciencias de la vida, las naturales y experimentales y las diversas ‘ingenierías’. Otra característica de las humanidades europeas es su entronque muy decimonónico, muy aislacionista o, si se prefiere, su estabilidad a lo largo de decenios. Las áreas universitarias en humanidades son probablemente las mismas desde hace 50 o 60 años; basta con decir que en nuestro país hay muy pocos departamentos de lingüística. En muchos países europeos la situación no es demasiado distinta.

En los dos o tres últimos años, activado por el comisariato de investigación de la Comisión Europea, ha comenzado a plantearse de manera incisiva la necesidad de impulsar cambios en la investigación en humanidades y ciencias sociales. Se ha dicho que la innovación tecnológica debe marchar mano a mano con la innovación social. De hecho, en el VII Programa Marco de Investigación de la Comisión Europea se ha introducido por vez primera un área específica de ciencias sociales y humanidades. Muchas son las reflexiones que se están suscitando en este contexto. Se habla del papel de estas disciplinas en la visión y el cambio de la sociedad, y en su convergencia hacia la estabilidad social, política y económica. Europa se plantea reflexiones de relieve sobre su identidad, sobre los cambios demográficos, sobre el envejecimiento de la población, sobre la inmigración, sobre la desigualdad por razones de género; es una expectativa más que razonable que las humanidades y las ciencias sociales puedan tener un papel de relieve en la estructuración de esas reflexiones. Se discute también cuál ha de ser el papel de las humanidades en informar y formar a quienes tienen que tomar decisiones políticas, y decisiones científicas.

Hay también un debate creciente sobre la necesidad de los enfoques interdisciplinarios, que afecta de lleno a los estudios del lenguaje. Como decía recientemente un experto de la NSF, Europa y los EEUU no cortan la tarta de la misma manera; en esa institución norteamericana lo que marca las pautas es, más que el enfoque disciplinar, la conveniencia de estudiar conjuntamente las fuerzas que modelan lo que podríamos llamar humano (y que sería por lo tanto, propio de las humanidades). La interdisciplinariedad no es sin duda un fin en sí mismo, pero la evolución de las disciplinas como la lingüística muestra que si pensamos en términos de los objetivos de los estudios del lenguaje: conocer cómo son y qué fuerzas modulan las lenguas y su evolución e interacción con la sociedad, entonces quizá es más apropiado reconocer un ámbito de ciencias de la cognición y de la relación

entre el conocimiento y la sociedad. Uno de los proyectos prospectivos recientes de la ESF se titulaba justamente “Origins of men and language” y aspiraba a impulsar la generación de proyectos en los que trabajasen conjuntamente filósofos, lingüistas, antropólogos, psicólogos de la cognición e incluso paleontólogos.

Estas son sólo algunas pinceladas, pero quedan muchas preguntas abiertas: ¿ha de haber gran ciencia social y humana del mismo modo que hay big science?, ¿cuáles son las grandes infraestructuras que necesitamos para las humanidades?, ¿qué papel desempeñan los programas de doctorado en tanto que laboratorios para la formación de nuestros investigadores?, ¿cómo articular los programas de movilidad de los investigadores para activar también así la internacionalización de las disciplinas?

Esperemos que el futuro próximo proporcione interesantes respuestas a todas estas preguntas y a las muchas que se me habrán quedado en el tintero.

Referencias

Castillo, David y William Egginton. 2006. Hispanism(s) Briefly: A Reflection on the State of the Discipline. En Luis Martín Estudillo, Francisco Ocampo y Nicholas Spadaccini (Eds.), *Debating Hispanic Studies: Reflections on Our Disciplines. Hispanic Issues On Line* 1.1. págs. 47-52. URL: [http://spanport.cla.umn.edu/publications/Hispanic Issues/hispanic-issues-online/hispanic%20issues%20online-1.htm/castilloegginton.pdf](http://spanport.cla.umn.edu/publications/Hispanic%20Issues/hispanic-issues-online/hispanic%20issues%20online-1.htm/castilloegginton.pdf).

III. LOS ESTUDIOS HISPANICOS Y SUS INSTITUCIONES

